El viaje de conocimiento en las humanidades y las ciencias sociales. Un estudio de caso sobre profesores universitarios en la Argentina durante la segunda mitad del siglo XX¹

Sandra Carli

CONICET

Universidad de Buenos Aires

Instituto de Investigaciones Gino Germani

Resumen

En este texto me propongo realizar una primera aproximación a los procesos históricos de configuración del conocimiento universitario a partir de la indagación de las trayectorias y experiencias académicas de destacados intelectuales de las ciencias sociales y humanas que se han desempeñado como profesores de la Universidad de Buenos Aires en las últimas décadas del siglo XX. Nos referimos a Aníbal Ford, Oscar Terán y Nicolás Casullo. Se explorarán las formas y particularidades con que un pensamiento que se mueven en las fronteras entre la cultura académica, la cultura política y la cultura popular, se fue modulando y sedimentando a lo largo del tiempo, considerando los itinerarios biográficos, los ámbitos universitarios y las experiencias de formación y enseñanza, teniendo en cuenta intereses temáticos, sensibilidades políticas y sociales y estilos de producción intelectual y de transmisión del conocimiento.

Palabras claves: conocimiento, intelectuales, universidad

Abstract

In this paper I propose a first approach to the historical processes of college knowledge' configuration from a investigation of the trajectories and academic experiences of prominent intellectuals of the social and human sciences that have perform as professors at the University of Buenos Aires in the last decades of the twentieth century. We refer to Aníbal Ford, Oscar Teran and Nicolás Casullo. We will explore how the shapes and

¹ Los tópicos centrales de este artículo formaron parte de la Conferencia presentada en las XVII Jornadas Argentinas de Historia de la Educación, realizadas en la Universidad Nacional de Tucumán el 17, 18 y 19 de octubre de 2012.

peculiarities of an thought that moves within the boundaries between academic culture, political culture and popular culture has been modulating and settling over time, considering biographical itineraries, the academia and the experiences of training and education, taking into account thematic interests, political and social sensibilities and styles of intellectual production and transmission of knowledge.

Key words: knowledge, intellectuals, university

Introducción

Me interesa en este texto analizar los modos de configuración del conocimiento universitario a partir de la indagación, desde una perspectiva comparada, de las trayectorias y experiencias académicas de destacados intelectuales de las ciencias sociales y humanas que se han desempeñado como profesores de la Universidad de Buenos Aires en las últimas décadas del siglo XX. Sus biografías pueden ser leídas como un largo viaje de conocimiento en tanto experiencia a la vez fronteriza y transcultural, que propició diálogos entre la cultura académica, la cultura política y la cultura popular y un posicionamiento generacional arquetípico de los años 60 y 70 del siglo XX. Se trata de indagar la participación en distintas tradiciones disciplinarias y en la renovación de las ciencias humanas y sociales, la presencia en el devenir institucional de la universidad pública y el papel desempeñado en la enseñanza, en un ciclo histórico que va de los años 60 hasta los años 90 del siglo XX.

La inquietud por ahondar en las trayectorias de estas figuras surge a partir la visibilidad del cierre de un ciclo histórico de la universidad pública en el que se produce la emergencia y declinación de una figura de intelectual, denominado en la literatura como comprometido, desde Sartre, u orgánico, desde Gramsci. Se trata de figuras que se formaron e iniciaron sus primeras actividades como docentes entre 1955 y 1976, en una etapa de la historia de la universidad de notable inestabilidad institucional sobre el trasfondo de la alternancia de golpes militares y gobiernos civiles, que vivieron el exilio interno y externo durante la dictadura iniciada en 1976, y que desde 1983 hasta la primera década del siglo XXI fueron referentes de cátedras, equipos de investigación y nuevos campos de conocimiento, en una etapa de continuidad democrática.

Mientras Gramsci distinguía entre los intelectuales tradicionales (profesores y sacerdotes), que parecían no moverse del mismo lugar y realizaban siempre el mismo

trabajo, y los intelectuales orgánicos, que estarían siempre en movimiento, Said prefiere ir más allá de estas clasificaciones destacando un rasgo más universal: “la facultad de representar, encarnar y articular un mensaje, una visión, una actitud, una filosofía o una opinión para y a favor de un público” (2007: 30). Estas figuras pueden ser pensadas desde este rasgo, pero también desde otros que Bourdieu destaca en el caso del *homo academicus* de las facultades de letras y ciencias humanas: la combinación de la participación en el campo científico e intelectual a partir de la investigación y la participación en las estructuras más fundamentales del orden social, por la tareas de la transmisión de la cultura legítima en la universidad (1987: 100). En la indagación de estas figuras es preciso evitar distinciones forzadas entre las posiciones de intelectual y profesor, así como de investigador, experto o escritor, y pensar más bien en sus conexiones y en los pasajes y circulación de individuos, ideas, modelos institucionales y formas de intervención (Neiburg y Plotkin, 2004: 17). Interesa ahondar en el movimiento, de allí que la metáfora del viaje del conocimiento¹ resulte atractiva, considerando a su vez que estas trayectorias se desplegaron en un país con una constante inestabilidad política y económica, que ha repercutido en el sistema universitario.

En la historia intelectual, suele quedar en un plano opaco la actuación de los profesores a favor de analizar la producción ideas y las intervenciones públicas. En su reverso, en la historia de educación son las tareas del profesor y su desenvolvimiento profesional las más auscultadas (Novoa, 2006; Tardif y Lessard, 2009, entre otros). En Argentina antecedentes destacados indican un interés convergente (Kaufmann, 2001; Suasnabar, 2004; 2009; Diamant, 2010). En la 2da mitad del siglo XX la expansión de las universidades y su peso crucial en el sistema educativo y, en las últimas décadas, el desarrollo de procesos de profesionalización académica, han generado que la transmisión del conocimiento resulte relevante de ser analizada, sea porque el derecho a la educación superior reconocido por la tradición argentina ha acrecentado la población estudiantil universitaria y las demandas vinculadas con la enseñanza, sea porque la lógica de la rendición de cuentas (accountability) ha priorizado la productividad de la investigación. Por otra parte, la importancia del conocimiento en el mundo global, abre nuevas preguntas sobre el acceso, la producción y la circulación en la universidad, así como la distribución y divulgación en otros ámbitos.

En este artículo me propongo explorar las trayectorias de Aníbal Ford (1934-2009), Oscar Terán (1938-2007), y Nicolás Casullo (1944-2008) como parte de una experiencia generacional que traza recorridos formativos, de producción intelectual y de

enseñanza durante la segunda mitad del siglo XX, leer sus obras desde una perspectiva intertextual que ponga en primer plano los contextos interactuantes y los tópicos comunes e indagar sus formas de presencia y dialogo intergeneracional en las aulas de las universidades públicas. Si bien una mirada comparada parecería no pertinente considerando la singularidad de cada figura y de cada itinerario intelectual, así como sus aportes específicos a ciertas disciplinas o carreras, se trata de ensayar una lectura polifónica, en el sentido que plantea Bajtín respecto de una perspectiva dialógica de las ideas y no monológica². Fueron profesores de la Universidad de Buenos Aires desde el retorno a la democracia en los años 80 del siglo XX y autores de libros que instituyeron nuevas áreas de conocimiento en el campo de las ciencias sociales y humanas en los últimos 30 años, con participaciones e inserciones diversas en el terreno político y cultural. La común condición de autores de libros reconocidos en el campo intelectual/académico los colocó en un lugar diferencial dentro de planteles docentes con desigual dedicación a la docencia y la investigación. Se trata, podríamos decir, de profesores con nombre propio.

La incursión en sus itinerarios biográficos, institucionales e intelectuales, no responde solo a un interés histórico, sino también al deseo de pensar las transformaciones del tiempo presente. La ausencia de estos intelectuales-profesores prolonga sus espectros, siguiendo la figura utilizada por Derrida, en la escena universitaria: sus discípulos y colegas siguen allí, sus textos continúan circulando, y son presentados a nuevas generaciones de estudiantes. Mientras las solapas o contratapas de los libros que publicaron en las últimas décadas indicaban biografías intelectuales en pleno despliegue, los homenajes póstumos completaron semblanzas dando cierre a esas sagas abiertas hasta hace poco. La proliferación de textos sobre estas figuras es notable (libros y artículos académicos, clases, novelas, notas periodísticas, entrevistas, homenajes, biografías, etc.), revelando procesos de reconocimiento de distintas generaciones³, pero indicando en otro plano el tejido expansivo de la cultura letrada en la cultura virtual: interesa trabajar con las distintas temporalidades de esos textos, pero también con los fragmentos autobiográficos en los que ensayaron una memoria a la vez personal y colectiva de los años 60 y 70 y dieron cuenta, desde el punto de vista intelectual, de la génesis de nuevos campos de conocimiento.

Esa proliferación textual y, en particular, la existencia de algunos estudios biográficos, requiere justificar las razones de mi acercamiento a estas figuras públicas y enunciar mis propias preguntas. Prevenida por las preocupaciones bourdianas en

relación con la incursión del investigador en un mundo que le resulta familiar, me interesa pensar en forma más amplia en el conocimiento que se produce en la universidad como una construcción compleja, en la que convergen itinerarios académicos, dinámicas institucionales, derivas en disciplinas y campos de conocimiento; pero también experiencias biográficas y generacionales que expresan un tipo de sensibilidad con el saber. Desde una perspectiva comparada me interesa analizar en esos itinerarios biográficos el papel que ocupó la universidad, las conexiones entre la cultura universitaria y otras culturas y ámbitos, la producción de conocimiento en distintos espacios y sus mixturas y la articulación entre sus posiciones políticas, intelectuales y profesoraes.

I El mundo de la Facultad

Una primera entrada a esas biografías es explorar la formación universitaria en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires entre los años 50 y 60 del siglo XX. Para entonces esta institución había vuelto a ocupar un lugar central en el mundo intelectual, estando su edificio de la calle Viamonte en el área donde se concentraba la vida cultural de Buenos Aires de fines de los cincuenta y los sesenta (Buchbinder, 1997). Las figuras que analizamos eran hijos de una clase media, sujeta a las definiciones ambiguas de la época, pero portadora de un capital cultural, que llega a la universidad pública e inicia una experiencia estudiantil en una facultad de humanidades, en una etapa que comprende desde el final de la experiencia peronista hasta mediados de los años 60.

En el caso de Aníbal Ford, nacido en 1934 en Buenos Aires, hijo de una familia procedente de Hungría (Von Hallen), "...el séptimo hijo varón de una familia de clase media" (Ford, 1994: 17), la elección fue estudiar Letras, luego de un intento fallido en Medicina, graduándose en 1961. "Que un varón siguiera letras era algo cuestionado" recordó años después (1997: 11), justificando la decisión de insertarse en el campo editorial por su impronta más utilitaria. En el caso de Oscar Terán, nacido en 1938, procedente de Carlos Casares, localidad de la provincia de Buenos Aires, hijo de un padre radical y una madre socialista, según señala en sus textos autobiográficos (2006), la elección fue Filosofía, comenzando sus estudios en 1959. Por último, Nicolás Casullo, el más joven, nacido en 1944, procedente de una familia cristiana metodista de la ciudad

de Buenos Aires, con un abuelo protestante, inmigrante italiano, y con un padre químico industrial, lector y viajero, antiperonista, y una madre peronista, comenzó sus estudios de Letras en los primeros 60.

Las procedencias son heterogéneas, pero convergieron en la Facultad de Filosofía y Letras, ingresando en momentos distintos de la historia de la universidad: Ford en la etapa final del peronismo, cuyo papel en el terreno universitario había sido polémico por la supresión de la autonomía y la formación se consideraba de calidad dudosa; Terán en pleno proceso de renovación institucional de la UBA, en el marco del rectorado del filósofo Risieri Frondizi, hermano del presidente Arturo Frondizi, cuando la formación experimentaría también cambios notables, y Casullo en los últimos años de esa etapa, cuando en la facultad habían comenzado a producirse conflictos de diverso tipo y sobrevendría el golpe de 1966. Algunas huellas de aquellas experiencias se encuentran en los textos autobiográficos: fue “un lugar en el que finalmente “me puse a estudiar con todo” recuerda Ford, luego de considerar un “schollar fallido” (1994: 18), “un laboratorio político-cultural” para Terán (2006: 13).

En la introducción de su libro *Navegaciones* (1994) Ford dio indicios de la etapa final del peronismo en la UBA, describiendo una escena en la que un joven conscripto tomaba contacto con lecturas clásicas de la literatura universal:

Entré en Medicina y abandoné. Me encerré en un tambo. Luego en Letras. Ahí me puse a estudiar con todo. Tenía ciertas afinidades con el peronismo aunque no era peronista. Pero no estaba de acuerdo con el enfrentamiento frontal que le hacía la FUBA. Me dediqué a estudiar y a reparar mi dudoso bachillerato. Durante la Revolución de 1955 en que hice el servicio militar, me lo pasé estudiando, hasta cuando hacía las guardias, con el mauser en una mano y en la otra un resumen, algún “machete” sobre *La divina comedia* o sobre el *dolce stil nuovo*, sobre el *Roman de Renard* o la poesía, que siempre me apasionó, de Gonzalo de Berceo. (...)” (Ford, 1994: 18)

Los recuerdos de Terán, en cambio, refieren a la etapa posperonista, que en la Facultad de Filosofía y Letras supuso el contacto de disciplinas clásicas como Letras y Filosofía con las carreras recientemente creadas⁴:

(...) esa facultad estaba entonces inmersa en un considerable proceso de innovación de temáticas y enfoques, sobre todo a partir de las llamadas ciencias

sociales, especialmente la psicología y la sociología. Creo que la mayoría de quienes estudiábamos filosofía mirábamos con desconfianza la llegada de estas disciplinas plebeyas, que venían a disputar un vago humanismo espiritualista el derecho a tomar la palabra sobre cuestiones que eran el tradicional “negocio” de la filosofía. Pero recuerdo en otro plano, y esto es un recuerdo muy vivido, el impacto de la biblioteca central en ese piso alto de la calle Viamonte y me veo nuevamente revisando el fichero y creyendo que en algunos de aquellos anaqueles estaba la verdad. Yo creía que había verdad, que esa verdad podía ser encontrada y que además estaba en esa para mí inmensa biblioteca de Filosofía y Letras. (Terán, 2006: 13-14)

Si la carrera de Letras y la de Filosofía, constituían disciplinas clásicas, la experiencia institucional entre 1955 y 1966 posibilitó el contacto con otras disciplinas a partir de la creación de materias optativas y de nuevas carreras que modificaron las fronteras de las humanidades con la entrada de las llamadas ciencias sociales, en particular las carreras de Sociología y de Psicología. Ford recordaría el contacto con la historia social, Terán el cursado en paralelo de las carreras de Historia y Filosofía y Casullo la deriva por distintas materias. Para entonces las humanidades y las ciencias sociales experimentaban una renovación, destacándose la creación de la carrera de Sociología, que consagraba nuevos valores, “ya no la erudición y la tradición, sino la modernización y la innovación” (Neiburg, 1988: 233) y que daría lugar al surgimiento de los “especialistas”.

En la mirada retrospectiva de aquella facultad, Ford y Casullo apelaron al recuerdo autobiográfico con distintas anécdotas, en cambio Terán interpretó los alcances de aquella institución desde la historia intelectual nombrándola como un “ámbito”, que no debía analizarse desde los marcos institucionales estrictamente, sino desde el “entramado más amplio de los sixties en la ciudad de Buenos Aires” (2006: 61), luego de haber convertido ese mundo universitario de los años sesenta en objeto de investigación en el libro *Nuestros años sesentas* (1991, 2013).

En los relatos autobiográficos, además de una común fascinación por el estudio que parece enunciarse como origen mítico del itinerario intelectual, se destaca el reconocimiento de profesores que desempeñaron un papel de maestros y que revela la dimensión intergeneracional de la experiencia universitaria que se pone en juego entre estudiantes y profesores en el marco de distintas carreras y que puede propiciar relaciones de discipulado. En el caso de Ford, el recuerdo de los profesores Jaime Rest

y Augusto Raúl Cortazar y en el de Terán José Luis Romero; Casullo, en cambio, evita nombrar maestros, siendo quizás un emergente de la crítica y del descontento juvenil que iría en aumento.

Sin embargo, el reconocimiento de esos profesores-maestros asume distintas resonancias. En su obra *Navegaciones* (1994) Ford recordó a Jaime Rest⁵ como “mi primer gran maestro e interlocutor” (1994: 19) y estableció una filiación entre aquella transmisión y su obra, de referencia en los estudios sobre comunicación y cultura, cuando sostuvo: “Prefiero inscribir este libro en una tarea colectiva. En pensarme a mí mismo, dentro de esa concepción de la historia social que me enseñó Jaime Rest. No sé bien qué es mío y qué es de los otros o, como diría Hegel, del espíritu de época” (1994: 22). Después de haber sido su alumno, Ford compartiría con ese profesor otros espacios, cuando en los años 70 Rest realizaría traducciones para el Centro Editor de América Latina.

Terán, en cambio, en *Nuestros años sesentas. La formación de la nueva izquierda intelectual en la Argentina 1956-1966* (1991), libro dedicado a sus hijos en el que revisó desde un registro de historia de las ideas los debates políticos e intelectuales, ensayó una lectura crítica de la figura de José Luis Romero⁶, primer interventor de la UBA después del golpe de 1955 y un referente destacado de la revista *Imago Mundi* (catalizador de la llamada universidad en las sombras durante el período peronista), pero que con posterioridad resultaría opacado por el papel crítico de nuevos profesores e intelectuales (Leon Rozitchner, Carlos Correas, Oscar Massota, David Viñas) ligados al marxismo. La irrupción del marxismo en esos años (Cernadas, Pitaluga y Tarcus, 1997) pareció imponer un cambio generacional en los planteles docentes. En ese libro, Terán revisó la circulación de distintas corrientes de ideas durante su formación universitaria en los años 60, pero afirmando su pertenencia a una nueva izquierda intelectual que planteó una discusión con el liberalismo y un rechazo de las definiciones estrechas del peronismo de profesores como Romero.

Ese mundo de la facultad, con fronteras abiertas, debe considerarse no solo teniendo en cuenta los procesos formativos y el papel que profesores, corrientes de ideas y textos tuvieron en la experiencia estudiantil, sino también las formas de sociabilidad juvenil y urbana en una ciudad como Buenos Aires. Los recuerdos autobiográficos de aquella vida universitaria trasuntan algo del clima de la época y las diferencias etareas: el conocimiento de la noche y del tango en los años 50 así como el cultivo de la lectura de poesía en el caso de Ford, prolongando el clima cultural de los

años 40; la sociabilidad estudiantil alrededor del mundo universitario, en el caso de Terán, en una etapa de mayor visibilidad pública y productividad intelectual de la universidad, y el contacto con las vanguardias literarias y culturales de los años 60, en el caso de Casullo, y su incursión intensa en el circuito cultural del centro de Buenos Aires.

II Formación universitaria y sectores populares: en torno al peronismo y al marxismo

Una veta para explorar en esas biografías refiere al impacto del *peronismo* proscripto durante la experiencia estudiantil, en el que se articulan los recuerdos juveniles pero también las elaboraciones intelectuales posteriores realizadas en distintas publicaciones en los años 70, 80 y 90. Neiburg (1988) sostuvo que “peronización y desperonización fueron los términos que diseñaron la geografía de un campo de batalla social y simbólico, un capítulo de la historia argentina marcado por la violencia y la intolerancia” (256). Sin embargo, se trata de detenerse en las impresiones juveniles sobre los sectores populares peronistas y menos en la mirada global del período. Los recuerdos autobiográficos destacan algunas cuestiones que permiten entrever la ligazón entre peronismo, sectores populares y mundo del trabajo para los entonces estudiantes universitarios, como categoría dotada todavía de una condición de elite o privilegio a fines de los años 50, aun cuando estudios sobre el período indiquen que la universidad de Buenos Aires estaba experimentando una ampliación de las oportunidades de acceso y una masividad inédita (González, 2013). En el caso de Ford, el contacto con el mundo del trabajo, el interés por la cultura popular y el acercamiento al peronismo; en el caso de Terán el recuerdo del “contacto con obreros de la fábrica Volcán que eran todos peronistas” (2006: 13) o la ligazón de Casullo con la juventud peronista hacia fines de los años 60.

Tanto la percepción de los significados políticos y sociales de la proscripción del peronismo como el contacto de jóvenes estudiantes de clase media con los sectores populares en los años 50 y 60, llevó en todos los casos a cuestionar los significados de la universidad. En palabras de Ford implicaba replantear la agenda de los temas y de las lecturas universitarias:

No sé cómo fue, pero un día me pregunté algo que se preguntaron muchos, por qué en la facultad no estudiábamos lo que silbábamos en la calle, e introduje en un examen, con asombro de los profesores, un análisis de la poesía del Negro Celedonio Flores. Después apareció la preocupación por la sociedad de masas y por los medios (Ford, 1994: 18-9).

Desde el interés por la cultura de la noche, el tango y la sociedad de masas, Ford establecía una conexión inmediata con el fenómeno peronista, admitiendo que su vínculo no había sido temprano.

En palabras de Terán, el contraste entre la vida universitaria y el contexto social, que remitía no solo al peronismo proscripto, sino a las recurrentes intervenciones militares, ponía en cuestión la enseñanza de la filosofía:

Esto era lo que sobredeterminaba, como se iba a decir después, aquella desazón entre asistir a una clase de filosofía –esto es, Husserl, Max Scheler o cierto Heidegger- y luego salir a la calle a encontrarse con un despliegue de tropas al servicio del reciente planteo militar o intento de golpe de estado. Había un desfase demasiado grosero entre lo que un joven estudiante con inquietudes sociales y políticas demandaba y los satisfactores de esa demanda ofrecidos por la institución filosófica. (Terán, 2006: 15)

Según Terán, la “problematización del fenómeno peronista como aquel dato terco de la realidad que desafiaba toda comprensión de la situación nacional” (1991: 26) supuso “efectos de recolocación de vastas consecuencias” en el terreno intelectual y a su parecer fue uno de los rasgos centrales del nacimiento de la nueva izquierda argentina en el campo intelectual (ibídem: 50). Si bien Terán en *Nuestros años sesenta* previno contra elaboraciones retrospectivas, que no estaban presentes en los años de la vida estudiantil, interesa aquí conectar los recuerdos juveniles con interpretaciones que se fueron modulando a lo largo de sus trayectorias universitarias.

En las tres figuras encontramos acercamientos diferenciales al fenómeno peronista según las identificaciones políticas construidas a lo largo del tiempo (el peronismo como enigma a analizar y comprender para la posición de izquierda de Terán y el peronismo como fenómeno al que se adhiere en el caso de Ford y Casullo), pero

ocupando en todos los casos un lugar vertebral en las interrogaciones intelectuales. Pero en esos acercamientos, además de las variables ideológicas y sensibles, intervinieron de manera diferencial las disciplinas, ligadas con comunidades científicas y campos de conocimiento, pero también con territorios colindantes (Becher, 2001): mientras en Terán la cuestión se problematizó desde la disciplina (“Introducción por la filosofía” es el título del primer capítulo de *Nuestros años sesenta*), en Ford y Casullo la literatura abrió un espacio que excedía la disciplina para moverse en un terreno más amplio (poesía, ficción, periodismo, producción editorial), estableciendo contactos con la cultura popular y la cultura de masas.

Si para estos últimos las fronteras abiertas de la literatura a distintos géneros académicos y no académicos facilitaba una conexión directa con los sectores sociales, para Terán la renovación de la tradición filosófica se tornaba política a partir de nuevas corrientes y en particular ante el impacto de la Revolución Cubana:

(...)en aquel período de mi formación cultural, aquel existencialismo y este marxismo eran lo que me ofrecían las categorías a partir de las cuales creía poder articular ese punto ciego que la institución universitaria no me permitía articular: una enorme pasión intelectual con una atención muy fuerte hacia los problemas políticos y sociales argentinos. (Terán, 2006: 16)

La conexión con el marxismo y sus escritos en la revista *La rosa blindada*⁷ lo ubicarían en un camino de politización, que revisaría en sus textos del exilio, pero fue desde allí su acercamiento al problema de la nación, que indagaría en sus estudios de historia de las ideas. Sin embargo, Neiburg (1998) estableció la estrecha conexión entre pensar el peronismo entre los años 50 y 70 y pensar la nación. Aquella Facultad de Filosofía y Letras, en la que habían iniciado sus estudios, era cada vez más interpelada desde adentro y desde afuera por el fenómeno del peronismo y por el tema militar. Una lectura de las visiones sobre la universidad y sobre los estudiantes del rector Risieri Frondizi y del intelectual Hernández Arregui en este mismo período (Carli, 2013) revela la importancia tanto de leer las huellas de las políticas institucionales en la experiencia estudiantil como de los textos de intelectuales proscritos que impugnaban abiertamente el espacio universitario y reclamaban el compromiso de los estudiantes con los sectores populares y la nacionalización de los mismos. El fenómeno peronista no solo está

presente en los recuerdos autobiográficos de la vida universitaria de los años 50 y 60, sino que será un tópico central en las publicaciones de los años 70 en adelante.

III Los espacios del conocimiento: viajes, escritura y militancia política

Una dimensión a destacar en esas biografías, siguiendo la problematización actual de la categoría intelectual, corresponde al tejido complejo entre la vida universitaria, la actividad profesional, la producción intelectual, y la participación política. La mirada comparada de estas figuras pone en primer plano inserciones en distintos ámbitos, en una etapa en la que el golpe militar de 1966 encabezado por el General Onganía y la intervención en la Universidad de Buenos Aires, produjo una situación de inflexión. La universidad no siguió siendo el centro de la actividad, para ser en todo caso un ámbito entre otros. Esa formación universitaria se descentró, lo cual requiere mirar el mundo de actividades, lecturas, intercambios y debates en las fronteras o en las afueras de la universidad. Si la facultad había sido en los inicios de la experiencia estudiantil un “tambo” en palabras de Ford o un “laboratorio” en palabras de Terán, entre el inicio y el cierre del “período de oro” de la UBA, en esta nueva etapa encontramos las huellas de la desazón universitaria: el espacio universitario fue reubicado en una constelación de espacios heterogéneos (editoriales, revistas, partidos y grupos políticos) ligados con la actividad cultural y la militancia política.

En la biografía de Ford, el ingreso en EUDEBA primero, cuyo director Boris Spivacow fue considerado uno de sus grandes maestros (1994: 20), el trabajo luego del golpe de 1966 en Centro Editor de América Latina hasta 1969 y más tarde en *La Opinión Cultural* (dirigido por Juan Gelman), la revista *Crisis* (dirigida por Galeano) donde tuvo a su cargo los *Cuadernos* de la revista y el diario *Noticias*, indican que aquel graduado en Letras podía moverse en distintos ámbitos y géneros, sorteando con facilidad las fronteras de la literatura académica. La biografía de Terán, en cambio, el joven filósofo que en 1966 tenía apenas 28 años, registra unas primeras inserciones como asistente de cátedra, más tarde la percepción de “la distancia entre las clases de filosofía y las calles con presencia militar” (2006: 15), así como el registro de un corte en los años 68/69, a partir de lo cual comenzó su participación en el partido cubano y en concentraciones. Casullo por último, que tenía ya una percepción crítica sobre la ciudad de Buenos Aires en 1965 cuando aludía al “clima de familia” predominante (Casullo,

2004), comenzó a trabajar en medios, primero en el diario La Nación cubriendo partidos de fútbol y luego en la TV como redactor del noticiero de Canal 13. Participó en un grupo literario que editó la Revista Cero dirigida por Vicente Zito Lema hasta 1966 y realizó hacia 1968 un viaje a Francia junto a Jorge Carnevale.

Un rasgo de la universidad de los años 60, denostado por intelectuales de la izquierda nacional, fue cierto proceso de internacionalización que habilitó a través de becas viajes de estudiantes y de profesores al exterior. En su libro de cartas europeas Manuel Puig (2006) menciona los viajes de jóvenes universitarios, que contaban con apoyo institucional, a diferencia del suyo solventado por la familia y el trabajo personal. David Viñas ubicó en los años 60 el “viaje-apuesta” a los Estados Unidos de los escritores, la mayoría pertenecientes al área académica, señalando que “en la zona académica el riesgo del viaje es siempre menor” (1998: 302). Ford recuerda que por haber tenido un alto promedio, recibió el ofrecimiento del decano de Letras Marcos Morínigo de una beca para estudiar Filología en Europa, pero lo rechazó solicitándole en cambio que lo recomendara en Eudeba (2005: 263): el viaje de Ford a Estados Unidos se produjo recién en 1964, del que recuerda haber estado en diversas bibliotecas, entre otras la de Bloomington, y haber barrido con grandes cantidades de bibliografías porque era el primer año del auge del xeros (1994: 20). El viaje de Casullo, a París en 1968, recordado en una publicación personal (1998) y en entrevistas, tampoco fue solventado por la universidad. Tuvo contacto con escritores, entre otros, Julio Cortázar, y participó en las barricadas del 68, que prolongarían su experiencia estudiantil: tenía entonces 24 años.

Escribir una novela es un sueño reiterado de estudiantes y graduados de una carrera como Letras, elegida por la afición a la lectura pero también por el deseo de escribir: ese deseo conecta a Ford y Casullo. La figura del escritor en los años 60 estaba en auge, por el boom de la novela latinoamericana, la experimentación de vanguardia y la creciente profesionalización (Rivera, 1998). Las incursiones de Ford en la ficción con la primera novela *Sumbosa* (1967) y de Casullo con *Para hacer el amor en los parques* (1970), tuvieron como elemento común la búsqueda experimental y la idea de poner en cuestión la estructura clásica de la novela. Mientras *Sumbosa*, recibió los buenos comentarios de Rodolfo Walsh y de su ex profesor Jaime Rest⁸, *Para hacer el amor en los parques* (1970), fue prohibida dos meses más tarde por la Secretaría de Cultura bajo consideraciones de “obra inmoral”. Casullo la caracterizaría en ocasión de su reedición, como “parte de una forja autobiográfica juvenil” (2006: 7), en la que se

explora el mundo universitario, la literatura, la ciudad de Buenos Aires, el viaje a París, la desazón con el país.

Los 70, signados por acontecimientos diversos, entre otros el Cordobazo, y en forma amplia el proceso de radicalización política juvenil que acompaña la emergencia de las organizaciones armadas, trazan un mundo ampliado que combina escritura y política, y que ha sido analizado como parte de una etapa de la intelectualidad latinoamericana que presentó una estructura de sentimientos signada por la valorización de la política y la expectativa revolucionaria (Gilman, 2003) y en la que artistas y escritores, pero también críticos, científicos sociales y filósofos se convirtieron en un actor activo que se puso en relación con otros actores y que tuvo un poder específico, siendo la etapa 1966-1975 de “tercermundialización de la Guerra Fría” (Alburquerque, 2011).

Una indagación de los textos publicados por Ford y Casullo revela que se trata de un mundo textual que desbordó el universo académico o experimental de la literatura para moverse en nuevos ámbitos (el espacio editorial, el periodismo), géneros y emprendimientos colectivos. Si recién en los años 90 se alude al impacto que tuvieron los estudios culturales en la discusión sobre el canon de la literatura y el reconocimiento del valor de otro tipo de textos, podríamos decir que ciertas producciones, en particular las de Ford, indican la anticipación de ese proceso en un clima de época signado por la emergencia de lo nacional-lo popular, del revisionismo histórico, la industria cultural. Mientras Ford se dedicó a escribir sobre cultura popular en materiales de gran divulgación como los producidos por Centro Editor de América Latina⁹, Casullo lo hizo sobre fútbol en distintas notas como corresponsal de La Nación y más tarde sobre historia argentina en la sección política del Diario La Opinión (2011)

Pero lo que irrumpe también allí y que tiene como trasfondo la experiencia universitaria clausurada en 1966, es el salto a la política. Ford recuerda una adhesión más orgánica al peronismo después de 1966 (2005: 272), Terán, se suma al partido cubano, única referencia en textos y entrevistas, y Casullo, luego de una participación en un frente cultural del PRT, se suma a la Juventud Peronista y más tarde a Montoneros, siendo un exponente de la peronización de los sectores juveniles.

La Universidad de Buenos volvió a ser en 1973 ser un lugar clave. Autodenominada Universidad Nacional y Popular de Buenos Aires, su experiencia se redujo al año 73 hasta su intervención en el año 74. Su proceso de institucionalización fue tan rápido como intenso y hasta olvidado (Friedemann, 2013). Las clases de Ford, como profesor a cargo de la materia Introducción a la Literatura en la Facultad de

Filosofía y Letras, publicadas hace pocos años, constituyen una fuente valiosa para adentrarse en la escena universitaria de entonces: el foco de atención estaba puesto, no en “la literatura y sus formas” sino en “los procesos culturales en los cuales se halla sumergida la literatura”, haciendo converger líneas de investigación diferentes (procedentes de la antropología, el revisionismo histórico, los procesos ideológicos, etc). Frente a un alumnado de la carrera de Letras pero también de las de Historia y de Historia del Arte, se trataba según Ford de analizar “el rol que juegan los procesos culturales en la formación de la conciencia social” (2005: 45). Mientras tanto, Casullo, como parte de la actuación de Montoneros en distintos espacios del nuevo gobierno, dirigió en el Ministerio de Educación un área de actividades extracurriculares (TV educativa, radios culturales, películas, discos, etc) (Anguita y Caparros, 2007: 790).

Dos textos, sin embargo, permiten entrever la aceleración histórica que se vivió en esos años. Un texto de Terán publicado en una revista en el año 2004, desde el registro de la memoria analiza el pasado reciente desde el lugar del testigo, a partir de un acercamiento erudito y sensible al libro *¿Revolución en la revolución?* (1967) de Régis Debray, paradigmático de los años 60. Terán señala haber leído ese libro procedente de La Habana en forma de microfilm, una tarde de domingo en el barrio de Barracas, cuando aun gobernaba el General Oganía, con un “pequeñísimo grupo protorevolucionario”:

El compañero Javier había conseguido un proyector y, poco después del almuerzo nos encontramos en su cuarto: una suerte de buhardilla de estudiante pobre en la casa de su madre viuda.

Nos habíamos conocido con Javier en Filosofía y Letras en la Facultad de Filosofía y Letras de la calle Viamonte. Éramos marxistas, valorábamos la justicia social, nos ofendía y revelaba el mundo en el que vivíamos. También éramos jóvenes, creo que inteligentes y seguramente lectores, dotados por fin de una serie de certezas intensas propias de las pasiones ideológicas (2004: 15).

El relato sigue, pero sobre todo destaca el recuerdo de la adhesión a “esa nueva biblia llegada desde lo que llamábamos “La isla”, y sus tesis sobre la superioridad de la guerrilla rural por sobre la urbana, “que no resultò disonante siquiera con la sensibilidad de estudiantes especialmente urbanos”(2004: 15). El “aura de ese texto” cuya autoridad era “el prestigio de la revolución cubana”, expresa la emergencia de un nuevo tipo de

saber investido de la autoridad de la política y de los hechos revolucionarios, que permitía intervenir sobre la realidad social y política, con la promesa de transformarla. Si bien, como destaca Pittaluga (2007), las intervenciones autobiográficas de los intelectuales sobre el pasado reciente, están siempre desfasadas temporalmente y se inscriben en el régimen de la memoria, la de Terán ofrece indicios para imaginar esa escena de lectura de jóvenes estudiantes.

El otro texto, la carta nunca enviada de Casullo a Jarito Walker, jefe de redacción de *El Descamisado*, órgano de Montoneros, escrita entre marzo y abril de 1974, y publicado recientemente, constituye una fuente histórica en la que el autor manifestaba sus discrepancias con “el dogmatismo de la lucha armada” y el temor de ser parte de “una secta grande mártires con destino de pasillo universitario” (2011: 100) que se avizoraba. Añoraba “volver a ser los muchachos peronistas. Y menos soldaditos a la intemperie” (94), los vínculos fraternos y la política como encuentro abierto a las diferencias.

En ambos el abandono de la vida estudiantil y la implicación de los grupos juveniles en la violencia armada, se manifiesta con cierto pesar, en un caso como anticipación de lo que sucedería y en otro como balance doloroso de la dictadura militar. La Universidad de Buenos Aires fue intervenida en 1974. El golpe militar de marzo de 1976 provocaría, aún antes, la partida al exilio de muchos profesores y estudiantes, otros serían objeto de la represión, la tortura y la desaparición, y otros tantos sobrevivirían en el llamado exilio interno.

IV La resonancia dolorosa de los saberes: dictadura y exilios

Después del golpe militar de 1976 muchos profesores e intelectuales vivieron el exilio externo o interno. A México llegaron Oscar Terán y Nicolás Casullo, luego de pasar por Cuba y por Venezuela. En cambio Ford permaneció en Buenos Aires. ¿Qué significó desde el punto de vista de la experiencia universitaria? Los estudios sobre el exilio en México destacan que arribó un alto porcentaje de personas jóvenes de entre 20 y 39 años, y con títulos universitarios; que muchos con excelentes antecedentes profesionales consiguieron empleo casi de manera inmediata, siendo la Universidad Autónoma de México, el Colegio de México y la Universidad Autónoma Metropolitana, así como el Centro de Estudios Avanzados del IPN los principales lugares de inserción; y que otros tuvieron la oportunidad de reiniciar y concluir sus estudios de grado y la

realización de estudios de posgrado (Yanquelevich, 2010). Entre estos últimos se encontraba Terán que retomó sus estudios de Filosofía y realizó la Maestría en Estudios Latinoamericano en la UNAM. Casullo, junto con su esposa Ana María Amado, dentro del grupo de periodistas que arribaron a México (Bernetti y Giardinelli, 2003: 148), dictó clases en la UNAM y se desempeñó como consultor de la Universidad de París. Ambos se dedicaron a la docencia, la investigación y la escritura. Pero Ford, en ese exilio interno menos narrado, abandonó toda actividad universitaria y trabajó como director de proyectos en una fábrica de productos químicos.

Terán reflexionó respecto del país que lo acogió en una entrevista que le fuera realizada en el año 2007:

Sin ir más lejos, es allí donde edito mi primer libro sobre José Ingenieros. México es así un nombre complejo en mi memoria, pero nunca agradeceré suficientemente las condiciones institucionales que me brindó -como a tantos exiliados- que me permitieron dedicarme con intensidad a cultivar esa otra alma que había quedado obnubilada por los fragores (es la palabra) de la política (Terán, 2007).

“Esa otra alma” a la que alude Terán, antes “obnubilada” por la intensidad política de los primeros 70, encontró en ese país distante y en el sistema universitario mexicano, espacio para cultivarse, expresarse, retomar un lenguaje intelectual desde el cual volver a hablar de la Argentina, a través de distintas figuras del pasado lejano, como José Ingenieros o Aníbal Ponce. Casullo, en cambio, revela en algunos de sus escritos de entonces, que la política seguía tomando su alma, recuperando la metáfora tan filosófica de Terán.

La revista *Controversia. Para el examen de la realidad argentina*, publicada en México entre 1979 y 1981, puede darnos indicios de las formas con que distintos intelectuales resolvieron la tensión entre producción académica y compromiso político. Esta revista reunió a un disímil grupo de intelectuales que tuvo como común denominador la “derrota” y que sometió a discusión el pasado reciente (Yanquelevich, 2003: 164). El subtítulo de la revista resume las inquietudes de los exilados, la obsesión por el país, que se tradujo tanto en escritos en revistas como en las tesis de posgrado elaboradas en esos años, como se constata en las trayectorias de muchos profesores y profesoras.

Visiones del pasado cercano se reponen en el artículo de Adriana Puiggrós, publicado en el primer número de 1979 y titulado “La universidad argentina de 1973-1974”, esa escena en la que muchos de los autores de la revista habitaron, trazando un balance crítico y autocrítico sobre la experiencia institucional.

En 1973 creíamos fervientemente que la autonomía universitaria, la libertad de cátedra, el cogobierno, la autogestión, yacían en el cajón de los objetos en desuso; que la discriminación, el elitismo, la extraterritorialidad universitarios, el divorcio entre la universidad y la realidad nacional, habían sido superados por nuestra gestión. En 1979 advertimos la permanencia de los irresueltos problemas que las banderas reformistas ponen de relieve y de aquellos otros que creímos superados para siempre. Pero esa permanencia no se registra solamente en el terreno de las instituciones colocadas en un camino regresivo por la dictadura militar sino- y esto es más grave aún- en el terreno de nuestras ideas y nuestros proyectos. Son éstos, por lo tanto, lo primero que hay que revisar (Puiggrós, 1979: 11)

En ese texto, que invitaba a la autocrítica poniendo en cuestión las concepciones de la izquierda peronista sobre la universidad, Puiggrós sostuvo que esta había dado la espalda a su propia historia, “exigiendo a los intelectuales que renunciaran a su saber y a sus banderas político-sectoriales, se los considero una *tabula rasa* en la cual debía imprimirse un nuevo saber” (ibídem: 11). El recurso a la noción de *tabula rasa*, que procede de la teoría sobre el conocimiento de John Locke y que ha sido frecuentemente utilizada para analizar la educación del niño, le permitió a Puiggrós cuestionar el borramiento de las experiencias históricas que en el terreno del conocimiento se habían producido en la universidad a favor de la primacía de una “verdad” procedente de la política. Cuando Terán aludió en la entrevista de 2007 a “esa otra alma” parece moverse en el mismo registro, en el del intento habilitado por el exilio en México, de recuperar esas experiencias de relación con el saber que habían quedado obturadas o bloqueadas en 1973 por los “fragores” de la política, por el ruido y el estruendo de la calle, por sobre el contacto-en ocasiones silencioso-con el conocimiento, en el clima de “antiintelectualismo” que distintos autores reconocen como un signo de los primeros setenta.

Los textos publicados por Terán en la revista refieren a una escena de la lectura y la escritura, como experiencia concentrada y silenciosa, pero densa, que recurre a la biblioteca universitaria como reservorio principal, y transita entre la historia intelectual y la reflexión autobiográfica. En “El exilio mexicano de Aníbal Ponce” (1979) sostuvo: “Es difícil para muchos de nosotros no reencontrarnos con su figura en el triple análogo entrecruzamiento del origen nacional, la inscripción ideológica y la residencia alternativa” (28). La residencia alternativa (México en ambos casos) se reconoce como lugar de reelaboración del europeísmo en el caso de Ponce, y del marxismo en el caso de Terán, como darían cuenta otros escritos de la misma época. Terán insiste en el texto en una tesis que vertebró el conjunto de sus preocupaciones de entonces y su obra posterior: cómo cierta invariante ideológica obstaculizó la comprensión de la especificidad de la nación. Se identifica con la escena en la que Ponce se despide de su hermana antes de tomar en Retiro que lo llevaría lejos y la injusticia del destierro.

En “Algún marxismo, ciertas morales, otras muertes” (1981) la reelaboración del marxismo avanza desde una mayor conciencia del escenario devastador de la dictadura militar, sin pretensión de protagonismo político:

(...) lo que en el fondo está en cuestión no es si estos hombres de la crisis que somos nosotros pueden formular un llamado a la esperanza que nadie les reclama, sino, al menos pueden articular una mínima comprensión de la realidad sin reiterar los viejos esquemas que produjimos –y nos produjeron- en la década sublime y mentirosa de los sesentas. Para algunos como el que escribe, dicha posibilidad se halla entretejida en lo teórico por relaciones estrechas y conflictivas con el marxismo” (1981: 17).

Esa relación conflictiva con el marxismo, supuso para Terán una reflexividad de orden teórico que traza otro modo de pensar y de elaboración intelectual a partir de allí, cuando sostuvo en los inicios de los años ochenta:

El marxismo como caja de herramientas implica asimismo una actitud hacia la propia teoría, que recomienda abandonar el gesto reverencial que se profesa ante los lenguajes religiosos para operar con las ideas con la misma infinita seriedad con que juegan los niños. Sería deseable por fin que este descentramiento teórico implicara también una práctica moral muy atenta hacia

nuestros propios fascismos, ejercidos así sea en esos espacios de soberanías sometidas en los que aún desplegamos nuestras propias furias” (Terán, 1981: 17).

La desacralización del marxismo, seguramente la contemplación de las nuevas generaciones, el dolor frente a lo irreparable, auguran una nueva relación con la teoría, mediada por la experiencia del exilio, cuyas marcas no dejan de aparecer en la escritura de Terán. La alusión a “nuestros propios stalinismos”, a “nuestra barbarie”, expresan una autointerrogación profunda sobre la responsabilidad en la tragedia argentina y derivaron en el cuestionamiento de la supremacía de la política en el ejercicio intelectual.

Mientras los textos de Terán se dedicaron al análisis histórico de las ideas, auscultando obras clásicas del pensamiento argentino, los de Casullo insistieron en la crítica política del pasado cercano y de la coyuntura. Mientras aquel parecía haber recuperado su condición de filósofo e historiador de las ideas, como estudios de la tradición filosófica y realizando estudios de posgrado, Casullo prolongó su condición de periodista y de militante político, analizando los primeros setenta. Sus textos en la revista giraron en torno al peronismo, haciendo un balance crítico sobre el discurso y la actuación de la izquierda peronista y en particular de Montoneros y la guerrilla urbana. “De este reencuentro con los fragmentos del peronismo revolucionario a la largo de 18 años, lo que surgen son zonas de interrogantes. Evidencias de repensar lo sindical” (1979b: 23). Pensar lo sindical, suponía explorar las razones del fracaso del peronismo revolucionario y la impugnación del foquismo: en la escena de la lectura y la escritura estaban las publicaciones de los 70, esos textos recientes que leyó auxiliado por nuevas categorías (articulación entre otros) y autores franceses (Balibar, Poulantzas) y en torno a los cuales apuntó el ejercicio de la crítica, que era también una autocrítica.

Es posible imaginar a Casullo con distintos papeles sobre una mesa, releyendo viejos y nuevos documentos, escribiendo con un lenguaje que no subvertía el de los primeros 70 en tanto el peronismo persistía como adhesión política y como obsesión. A diferencia de Terán, no escribía en primera persona, sino desde un “nosotros” definido como “peronista” en los textos de los últimos números de la revista, cuando se abre un debate sobre la revitalización del socialismo ante el movimiento de partidos y sindicatos en la Argentina. Intentaba analizar “el acelerado desemboque de rotunda preeminencia montonera” en los años 1970-73 (1979b: 22) y “una trayectoria que devino en historia propia y la validez de esta historia” (1980: 12).

La reflexión sobre el estatuto del saber, aparentemente dominada por la política, irrumpe igualmente en tanto se trataba de una herramienta concebida no solo para comprender, sino para actuar:

En este plano, nos encontramos hoy con nuestra historia, y con fragmentos de aportes en un mundo de ideas agotadas y de otras que apenas se vislumbran, en un país que hoy presenta incógnitas, desguarnecimientos, y posibles cortes de difícil predicción donde los diversos “ismos” teóricos cada vez más simple apego a campos semánticos, legítimos por supuesto en tanto personales, pero demasiado escasos frente a la cuantiosa forja popular que debiéramos pensar que nos espera en tanto intelectuales y reivindicadores de un saber nuevo, autónomo, rupturista, medularmente nacional. Un saber bajo ningún aspecto aislacionista, ni marginador de los aportes y alternativas de pensamiento que se generen en el mundo, pero que pueda relacionarse con esas problemáticas desde la fortaleza de su propia situación constituida, en tanto conocimiento sobre aquellos que alienta a transformar (Casullo, 1981: 10).

La crisis de los paradigmas teóricos de los 60 y 70 atravesó a estos intelectuales. La reivindicación por parte de Casullo de la autonomía y la apertura al mundo de los saberes, se produjo junto con la búsqueda de conexión con los sectores populares, bajo la metáfora de la *forja popular*. La expresión forja retrotrae a los intelectuales de la tradición nacional-popular de los años 30, pero también al proceso de fabricación de piezas en las fábricas industriales, que corresponderían a las identidades fuertes de los viejos trabajadores metalúrgicos, en proceso de erosión a partir de los años 80 (Svampa, 2003). Argumentaciones comunes respecto de un pensamiento ligado con los sectores populares encontramos en el itinerario intelectual de Adriana Puiggrós (véase Carli, 2010).

Esa misma conexión se produjo en Ford, pero desde otra perspectiva. Su permanencia en Buenos Aires durante la dictadura militar nos retrotrae al llamado exilio interno, figura cuestionada por algunos autores. En un libro publicado más tarde recordó que cuando se produjo la dictadura militar y cerró la revista *Crisis* en la que trabajaba, intento diseñar proyectos editoriales sobre esos temas, pero asesinaron a sus directores: “Entonces ahí vino el silencio. Escribía, investigaba y guardaba en los cajones” (1994: 12). La escena de la lectura y la escritura es otra. Su trabajo en una fábrica de productos

químicos, se conecta no solo con la posibilidad de sobrevivencia en esos años, sino también con algo que Ford reivindicó y justificó de su propia escritura: “Nunca pude diferenciar con claridad la literatura de otros quehaceres políticos, cotidianos o científicos” (1994: 12), el cruce entre la invención y el trabajo. Los antecedentes de ese cruce los rastreó en la tradición literaria argentina, identificándose con ciertos escritores (Art, Quiroga), y cuestionando el “canon cerrado e hiperteórico” del campo intelectual argentino. Desde cierta perspectiva el intelectual debía aprender del mundo del trabajo y al mismo tiempo considerarse como un trabajador, impugnando la clásica distinción entre trabajo manual y trabajo intelectual.

La conexión con la cultura popular y el llamado exilio interno, se exploran en escritos de esos años. Los textos que amontonaba Ford en los cajones, se publicaron en un libro de 1987. Dos cuentos, definidos como “cuentos del exilio interior y de la búsqueda, en medio de la destrucción, de ataduras al territorio” (1987: 9), rondan la situación del Oeste pampeano, atravesada por la sequía, la nostalgia de tiempos mejores, la desaparición de los viejos pueblos y el habla popular. Esos cuentos evidencian sus viajes por el interior del país, pero también la continuidad de la investigación académica por otras vías: para Romano, Ford coincidía con otros escritores en el interés por el papel de los pioneros en zonas inhóspitas y manifestaba un nuevo tipo de acercamiento a lo regional, con el trasfondo de su experiencia editorial previa (1987). El recurso a la entrevista y al uso de grabador, se remonta a los primeros 70 cuando la entrevista, la historia de vida, la narración de hechos reales, fue una marca de época (Ford, 1997: 19). Esa persistencia, a pesar del silencio impuesto, se expresa también en un texto publicado, “La poesía de Catulo Castillo” (1981), en el que refiriéndose al autor de tangos parecía estar hablando de sí mismo: “En síntesis: la poesía de alguien que sufre pero también impugna y pelea. O busca, y esto es lo fundamental, integrar en una misma patriada, humanista la bronca y la mishiadura, la muerte y la vida”.

La publicación del texto de Ford en una revista cultural no era una práctica aislada. En marzo de 1978 surgió la revista *Punto de Vista*, con cuatro números por año a partir de entonces. Otrora profesores de distintas universidades nacionales, fueron muchos los que publicaron notas culturales. Las consideraciones políticas estuvieron ausentes hasta el año 1981, cuando en el número 12 de julio-octubre se publicaría una editorial reivindicado el derecho al punto de vista ejercido en los números anteriores, cuestionando la censura impuesta por el estado autoritario y dando a conocer la

constitución de un consejo editorial formado por Carlos Altamirano, María Teresa Gramuglia, Ricardo Piglia, Beatriz Sarlo y Hugo Vezetti. En ese número Oscar Terán publicaría “El primer antiimperialismo latinoamericano”. En el número 13 de noviembre de 1981, la revista publicaría fragmentos del futuro libro de Ford *Ramos Generales*, que saldría a la luz en 1986.

V Democracia en la universidad: enseñanza, producción intelectual y política

La apertura del proceso democrático en la Argentina conllevó arduos debates sobre cómo caracterizar esa nueva etapa. Transición, recuperación, retorno, fueron significantes en disputa. Para Terán y Casullo supuso el retorno al país, para Ford una salida al espacio público. Los años ochenta estuvieron signados por la participación política, los juicios a los militares, los debates sobre derechos humanos, y en particular por la apertura de las universidades, que fueron intervenidas y normalizadas no sin conflictos ni polémicas por el gobierno de Raúl Alfonsín. Interesa entonces detenerse en dos cuestiones: la obra publicada de estas figuras y su reingreso a la docencia universitaria en los años ochenta.

Si los textos publicados durante la dictadura militar fueron escasos, a partir de 1983 estos intelectuales encontraron en algunas editoriales la ocasión para dar a conocer las elaboraciones del exilio o al menos para reeditarlas en el país. Ford osciló entre el ensayo y la literatura, publicó un libro colectivo (Ford, Romano y Rivera, 1985), una novela (1986), un libro de cuentos (1987) y un libro individual (1987b). Terán publicó numerosos libros de perfil académico: sobre Foucault (1985), sobre Mariátegui (1985), sobre José Ingenieros (1986), sobre distintas figuras del pensamiento filosófico argentino (1986). Casullo, una novela elaborada en México y premiada en Argentina (1984), coordinó un libro colectivo (1985) y elaboró una antología de textos sobre el debate modernidad-posmodernidad (1989).

La cultura del libro persistía en sus tradiciones diversas, ensayística, académica y política, pero los avatares de la globalización académica y de las experiencias del exilio permiten registrar diferencias de estilo. Los géneros de escritura, los campos o disciplinas desde las que escriben, constituidas o emergentes, trazan singularidades. Ford recordó en una entrevista que “apenas volví a publicar, empecé a escribir cruces

por todos lados, mezclaba todo. Tenía tantas cosas pensadas a distinto nivel, que se me amontonaba todo” señaló en una entrevista. Amontonamiento, mezcla y cruces, pueden expresar los intereses de Ford (transdisciplinaridad, relación entre teoría y mundo del trabajo, la vida cotidiana, lo macro y lo micro) y las huellas de su anterior trayectoria editorial, pero también la discontinuidad de la vida universitaria que regula las búsquedas intelectuales y suele instituir fronteras disciplinarias entre las cuales moverse, limitando la exploración autodidacta. A su vez las condiciones impuestas por la dictadura militar: la censura de libros y destrucción de libros, que fuera objeto de un plan sistemático (véase Gociol e Invernizzi, 2007), la quema de libros de Eudeba en 1976 y de Centro Editor de América Latina en 1978, dos de los lugares donde había trabajado, y la falta de contacto con la producción internacional. La comparación con Terán resulta interesante. Aun cuando ubicaba sus escritos de los últimos años “bajo el rubro permisivo del eclecticismo” (1986: 9), como modo de exorcizar el marxismo que había dominado su pensamiento, sus libros se ajustaron al género académico, aunque las introducciones de los mismos no dejaron de aludir a una implicación personal con el conocimiento. Libros escritos en el espacio público académico de México, que para entonces había sido un lugar de convergencia internacional de autores y corrientes.

Se estaba produciendo en las ciencias sociales lo que Geertz llamaría “géneros confusos”, indicando una reconfiguración del pensamiento social (1994) y la producción de Ford expresaría esa confusión productiva. En *Desde la orilla de la ciencia: Ensayos sobre identidad, cultura y territorio* (1987) Ford se propuso “explorar algunos aspectos de la cultura nacional, pero no como algo cristalizado o transparente sino como cruce de procedimientos, temáticas y problemas cuyos hilos centrales nos son siempre verificables” (1987: 11). Reivindicando la existencia de “un modo nacional de ver las cosas” (1987: 11) prolongó, sorteando la dictadura militar, las voces, autores, y reflexiones de los primeros 70, tornándose portavoz de muertos y desaparecidos (Jauretche, Conti, Walsh, entre otros). Pero ese modo nacional de ver las cosas, consideraba, “no tiene estatus académico. No en sus ejes de conocimiento-la memoria, las identidades, la cultura popular, la vida cotidiana-ni en las formas en que se expresa: el ensayo, el testimonio, la biografía, el periodismo, la oralidad, cierta literatura” (1987: 11). Cuando Ford insistía en esta distinción entre lo académico y lo no académico hacía un balance crítico sobre la escasa presencia de contenidos populares y nacionales en la cultura académica y reivindicaba la figura del escritor nacional, obviando mencionar la relevancia de la antropología y la historia en algunos de esos tópicos: como trasfondo

estaba el vaciamiento cultural de la universidad por parte de la dictadura militar, pero seguramente también su percepción sobre los nuevos lenguajes universitarios en el mundo, cuyos exponentes eran también los que retornaban del exilio y que se habían desempeñado en ámbitos académicos.

Para entonces los estudios sobre el avance de la cultura transnacional y las nuevas comunicaciones mostraban la delicada situación de América Latina y señalaban la urgencia de una integración regional (Argumedo, 1984): en un texto posterior Ford reconocería que “cuando escuché en 1982 una conferencia de Alcira Argumedo donde describía lo que se venía, me dio bronca. Pero tenía razón (1994: 15). En aquella introducción del libro de 1987 delineó una hipótesis que convergería con el diagnóstico de Argumedo y también con las preocupaciones de Casullo, ambos ligados al ILET, y que justificaba la conexión entre sus ensayos: la necesidad de la exploración de las cuestiones geopolíticas y de la integración nacional desde el lado de la comunicación, la cultura y la información.

Pero para llegar a ello Ford había transitado un camino intelectual diferente, cristalizado en el libro, que reúne en un orden no cronológico ensayos producidos en los años setenta y ochenta, presentados algunos en eventos académicos y publicados en diarios, revistas y libros. Sus ensayos de los años previos a la dictadura militar (“Mito y literatura” y “El regionalismo”) revelan una sofisticada erudición que incursiona en la literatura y la antropología y que refieren a la cultura universitaria de entonces; el trabajo presentado en un seminario de Clacso en 1983 muestra, en cambio, un nuevo estilo, en el que argumentaba acerca de su propia perspectiva en el campo intelectual-universitario pero recogiendo sus aprendizajes durante el período de silencio.

Una reflexividad sobre el conocimiento atraviesa toda su intervención, que dista de ser antiacadémica, sino que en todo caso traza y profundiza en las conexiones con la cultura popular e impugna el “aparato de conocimiento hegemónico” (1987: 20): “Mi intención no es entrar por lo teórico en estos problemas. Sino “salir a exteriores”, “escuchar con humildad” algunas de esas tantas historias por donde creo pasa la real problemática de la cultura, de la historia de mi país en esta etapa de crisis “límite” (1987: 20), sostuvo. Si hay una justificación contextual - la situación de crisis y la dispersión del discurso integrador de la nación frente al avance de la cultura transnacional-, lo que perfila es un método, una forma de conocer: entrar por las pequeñas historias, por la memoria, las biografías, como “entrada en lo totalizador” desde lo hiperconcreto”, rescatar la oralidad frente el peso de lo escrito.

Desde el punto de vista epistemológico coincidía con Terán y Casullo, en las críticas a las totalizaciones de las corrientes de los años setenta (marxismo y estructuralismo) y a las posiciones metafísicas, que también comenzaron a plantearse en el campo de estudios sobre educación (véase Carli, 2008). Desde el punto de vista de la investigación y de la relación con las disciplinas, las expresiones “cruzar”, “recibir cruzado”; “conectar subsuelos” (1987: 32), tienen semejanzas de familia con la discusión en torno a la hibridación cultural y la transdisciplinariedad que tomaron auge más tarde. Si ese método de exploración cultural invitaba a la conformación de nuevos “corpus”, modos de leer y de escribir, de “cocinar” el conocimiento, lo que indicaba también era la preocupación de un intelectual como Ford por el destino de todo lo que había conocido en sus viajes por el interior del país, frente a un mundo crecientemente global, y desde el punto de vista político por el futuro de la tradición del peronismo, de Perón a Walsh, ante la derrota electoral y la asunción del radicalismo en el poder.

Ciertos libros como la presentación y selección hecha por Terán de la obra de Michel Foucault (1985) o la antología de Casullo sobre el debate modernidad-posmodernidad (1989), abrieron, sin embargo, la conexión con el mundo, con la producción académica internacional y la mirada sobre las tendencias futuras. Libros destinados al lector académico, a profesores y estudiantes universitarios. En las introducciones de esos libros se cuele el sentido de una transmisión, que expresa el propio balance de los autores de sus trayectorias políticas e intelectuales. Se posicionaban como profesores ante nuevos auditorios universitarios por primera vez estables en la Argentina. La iniciativa de Ford desde la cátedra universitaria de producir los *Cuadernos de Comunicación y Cultura*, que editó el Centro de Estudiantes de la Facultad de Ciencias Sociales entre 1988 y 1994, cristalizó en una constelación textual los cruces y conexiones de su pensamiento intelectual, aunque también de otros miembros de la cátedra como Alejandro Piscitelli y de sus colaboradores más jóvenes: la selección bibliográfica para lectura de los alumnos, o en otras palabras, el currículum, tenía como trasfondo un itinerario personal y generacional.

Estas figuras se integraron a la docencia universitaria en la Universidad de Buenos Aires en 1988, no sin conflictos, porque la Facultad de Filosofía y Letras ya no sería el lugar único de convergencia de profesores sino que la creación de la Facultad de Ciencias Sociales sería un nuevo espacio, que reunió viejas y nuevas carreras. Ford y Casullo se sumaron a la nueva facultad, Ford como director de la flamante carrera de Ciencias de la Comunicación y profesor titular de la materia “Teoría y práctica de la

Comunicación II”; Nicolás Casullo, quedaría a cargo de “Principales corrientes de pensamiento contemporáneo”. Terán comenzó a dictar “Introducción a la Filosofía” en la Facultad de Psicología de la UBA y más tarde tomó a su cargo, la cátedra “Pensamiento Argentino y Latinoamericano” en la carrera de Filosofía de la Facultad de Filosofía y Letras. Las asignaturas expresan, en sus denominaciones, la renovación curricular y sus propias preferencias, incursionando en carreras nuevas o manteniéndose en las de origen. Devinieron en cabezas o jefes de cátedra, entendida la cátedra como espacio de docencia, formación e investigación. Tuvieron a su cargo durante más de una década las llamadas “clases teóricas”, cuyo análisis queda pendiente, así como la recepción de sus alumnos. Por otra parte, y en particular en el caso de Terán, el espacio del seminario de investigación, la figura tan explorada por Roland Barthes y Michel De Certeau, dedicado a la historia de las ideas, nuclearía jóvenes investigadores y becarios.

Si la revista *Controversia* los había reunido en ocasión del exilio, el retorno al país y la reinserción en la universidad, abrió las diferencias política expresadas en 1981 y supuso una conexión con la política no fue estable, acompañando los avatares del ciclo democrático. Terán se integró al Club de Cultura Socialista, en el que convergieron exilados y miembros de la revista *Punto de Vista*, siendo José Aricó el principal promotor del proyecto; y en 1985, Casullo, junto a otros intelectuales, luego de una etapa inicial de colaboración y apoyo, renunciaron al Partido Justicialista, aunque no a su identidad como “peronistas”. Ford, en cambio, continuó ligado al peronismo hasta 1989. Durante la década del 90 del siglo XX fue la universidad el espacio central de la actuación pública de estas figuras, junto con la publicación de libros, de revistas, el trabajo editorial. La declinación de la participación política en plena expansión de políticas neoliberales en el país y en el mundo fue un hecho: durante la crisis de los años 2001 y 2002 tuvieron intervenciones en diarios y revistas y en los años siguientes se implicaron de manera diferencial.

Lo que interesa destacar de aquella etapa es que la actividad en las facultades de Filosofía y Letras y Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires, que atravesaban una delicada situación presupuestaria que describimos en un trabajo anterior (Carli, 2012), y la inserción en otras universidades, como la Universidad de Quilmes, se produciría en un período de transformaciones de lo que comenzó a denominarse como “profesión académica” y de reconfiguración del campo intelectual. Nuevos parámetros de evaluación y rendición de cuentas de la producción académica, distaban cada vez más de los rasgos históricos del intelectual crítico, interesado en las

tradiciones, los problemas y la historia del país y en la transmisión intergeneracional. El conocimiento universitario, atravesado por las tendencias globales, comenzaría a depender cada vez más de lógicas internacionales y del impacto de las nuevas tecnologías, de la acreditación de estudios de posgrado y de la productividad medida de la investigación. Si bien se aggiornaron a esas nuevas lógicas, no sin discutir en algunos casos el sentido del *paper* y reivindicando la posición autodidacta, persistieron en un estilo de producción intelectual. Aun cuando el peso de los clivajes del yo los atravesó como sector intelectual, asistieron a procesos de individualización académica, menos ligados con proyectos colectivos y más con ascensos meritocráticos.

A modo de cierre

Me propuse explorar desde una perspectiva comparada las biografías de figuras destacadas del campo de las humanidades y las ciencias sociales, que desempeñaron un papel clave en la formación universitaria, en la producción intelectual y en la institución de nuevos campos de conocimiento en la Argentina. La universidad pública constituye un espacio en el que conviven de manera velada o conflictiva distintas generaciones, que son portadoras de experiencias e imaginarios históricos. La declinación de la figura del intelectual crítico, formado en los años 50 y 60 y con una participación política activa en los años 70, se produjo hacia finales de los años 90 del siglo XX y la primera década del siglo XXI, cuando se expandió la producción intelectual y académica y se ampliaron las tareas de formación de posgrado, que evidenciaron un tejido más complejo y sofisticado entre conocimiento, sociedad y política. Los intelectuales, cuyos itinerarios analizamos, devinieron en profesores universitarios y en transmisores y productores de saberes, orientados, en este caso, a explorar los acontecimientos, ideas y tradiciones del pasado y comprender las tendencias y novedades del presente. Si la primacía de la facultad de representar, encarnar y articular un mensaje, siguiendo a Said, fue dominante, se convirtieron en *homo academicus* de una universidad con recurrentes crisis presupuestarias y dificultades institucionales, pero signada por la apertura y por lo tanto con el contacto cotidiano con estudiantes. Desde posiciones de jerarquía en cátedras universitarias y otros espacios académicos, operaron como mediadores entre las distintas temporalidades del pasado reciente y del

tiempo presente, en tanto combinaron una intensa experiencia vivida y una inquietud vanguardista desde el punto de vista intelectual. Sin embargo, constituyen hoy exponentes de un mundo intelectual en proceso de reconfiguración: sus legados se renuevan, mixturan e interpretan en la escenas de lectura y escritura de las nuevas generaciones, que asisten a un presente con nuevas claves y desafíos, vinculados con las transformaciones de la cultura universitaria y los procesos de globalización académica.

Bibliografía

- Alburquerque, Germán (2011). *La trinchera letrada. Intelectuales latinoamericanos y guerra fría*. Santiago de Chile: Ariadna ediciones.
- Anguita, Eduardo y Caparrós, Martín (2007). *La Voluntad*. Buenos Aires: Booket. Tomo 2.
- Becher, Tony (2001). *Tribus y territorios académicos. La indagación intelectual y la cultura de las disciplinas*. Gedisa: Barcelona.
- Bernetti, Jorge Luis y Giardinelli, Mempo (2003). *México: el exilio que hemos vivido*. Buenos Aires: Universidad Nacional de Quilmes editorial.
- Bertazza, Juan Pablo (2007). Ala de road movie. En *Radar Libros*, Pagina 12, 17/6/2007.
- Bourdieu, Pierre (2008). *Homo academicus*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno editores.
- Buchbinder, Pablo (1997). *Historia de la Facultad de Filosofía y Letras*. Buenos Aires: EUDEBA.
- (2005). *Historia de las universidades argentinas*. Buenos Aires: Editorial Sudamericana.
- Carli, Sandra (2008) El debate modernidad-posmodernidad en educación: un balance posible. En Da Porta, Eva y Saur, Daniel (coord) *Giros teóricos impactos disciplinarios en las Ciencias Sociales y Humanidades*. Córdoba: Editorial Comunicarte.
- (2010) El inicio de la saga: una mirada retrospectiva del libro Sujetos, disciplina y currículum en los orígenes del sistema educativo argentino de Adriana Puiggrós. En *Historia de la Educación-Anuario*, Ene 2010, vol.11.
- (2012) *El estudiante universitario. Hacia una historia del presente de la educación pública*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno.
- (2013). Entre la formación cultural y la educación política de los estudiantes universitarios. Las visiones sobre la universidad del rector Risieri Frondizi y del intelectual Juan José Hernández Arregui (1955-1973). En Carli, Sandra (direc.y comp). *Universidad pública y experiencia estudiantil. Historia, política y vida cotidiana*. Buenos Aires: Editorial Miño y Dávila.
- Colombi, Beatriz (2004). *Viaje intelectual. Migraciones y desplazamientos en América Latina (1880-1915)*. Beatriz Viterbo editora: Rosario.

- Cuesta Abad, José Manuel y Jimenez Heffermnan (eds) (2005). *Teorías literarias del siglo XX*. Madrid: Akal.
- Cernadas, Jorge, Pitaluga, Roberto y Tarcus, Horacio (1997). Para una historia de la izquierda en la Argentina. En *El Rodaballo*. Revista de Política y cultura, Año 3, No6/7, pp28-35.
- Diamant, Ana (2010). *Testimonios de enseñar y aprender. Ser psicólogo en la UBA de los 60*. Buenos Aires: Teseo.
- Friedemann, Sergio (2013). El sujeto de la educación. Estudiantes, juventud y política en la Universidad Nacional y Popular de Buenos Aires (1973-1974). En: Carli, Sandra (direc.y comp). *Universidad pública y experiencia estudiantil. Historia, política y vida cotidiana*. Buenos Aires: Miño y Dávila editores.
- Geertz, Clifford (1994). Géneros confusos. La reconfiguración del pensamiento social. En *Conocimiento local. Ensayos sobre la interpretación de las culturas*. Barcelona: Paidós.
- Gilman, Claudia (2003). *Entre la pluma y el fusil. Dilemas del escritor revolucionario*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno editores.
- Gociol, Judith e Invernizzi, Hernán (2007). *Un golpe a los libros. Represión a la cultura durante la última dictadura militar*. Buenos Aires: EUDEBA.
- González, Cristián (2013). Representaciones sobre los estudiantes. Masividad, política y pedagogía en la Universidad de Buenos Aires (1955-1958). En Carli, Sandra (direc.y comp). *Universidad pública y experiencia estudiantil. Historia, política y vida cotidiana*. Buenos Aires: Miño y Dávila editores.
- Kaufmann, Carolina (directora) (2001) *Dictadura y Educación. Tomo 1. Universidad y grupos académicos argentinos (1976-1983)*. Buenos Aires. Miño y Dávila editores.
- Neiburg, Federico (1988). *Los intelectuales y la invención del peronismo*. Madrid/Buenos Aires: Alianza Editorial.
- (1999). Politización y universidad. Esbozo de una pragmática histórica de la política en la Argentina. *Prismas. Revista de historia intelectual*, No3, Universidad Nacional de Quilmes. p51-71.
- Neiburg, Federico y Plotkin, Mariano (comp) (2004). *Intelectuales y expertos. La constitución del conocimiento social en la Argentina*. Buenos Aires: Paidós.
- Novoa, Antonio (organizador) (2006) *Vidas de profesores*. Porto: Porto editora.

- Pittaluga, Roberto (2007) *Miradas sobre el pasado reciente argentino. Las escrituras en torno a la militancia setentista (1983-2005)*. En Franco, Marina y Levín, Florencia (comp). *Historia reciente. Perspectivas y desafíos para un campo en construcción*. Buenos Aires: Paidós.
- Puig, Manuel (2006). *Querida familia. Tomo1. Cartas europeas (1956-1962)*. Buenos Aires: Entropía.
- Roman, Mario Sebastian (2012). *Discursos en viaje. Contactos culturales y figuras del "otro" en la Argentina del siglo XIX*. Biblos: Buenos Aires.
- Rivera, Jorge (1998). *El escritor y la industria cultural*.
- Said, Edward (1996). *Representaciones de intelectual*. Buenos Aires: Paidós.
- Salvatores, Ricardo (2008). *Los lugares del saber. Contextos locales y redes transnacionales en la formación del conocimiento moderno*. Rosario: Beatriz Viterbo.
- Suasnabar, Claudio (2004). *Universidad e intelectuales. Educación y política en la Argentina (1955-1976)*. Buenos Aires: Flacso-Manantial.
- (2009). *Intelectuales, Exilios y Educación: producción intelectual e innovación conceptual durante la última dictadura militar (1976-1983)*. Tesis doctoral. FLACSO.
- Svampa, Maristella (2003) *Identidades astilladas. De la patria metalúrgica al heavy metal*. En Svampa, Maristella (editoria). *Desde abajo. La transformación de las identidades sociales*. Buenos Aires: UNG-Editorial Biblos.
- Tardif, Maurice y Lessard, Claude (organizadores) (2009). *O Oficio de professor. Historia, perspectivas e desafíos internacionais*. Petrópolis: Editora Vozes 2009,
- Viñas, David (1998). *De Sarmiento a Dios. Viajeros argentinos a USA*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Yankelevich, Pablo (2010). *Ráfagas de un exilio. Argentinos en México, 1974-1983*. México: FEC-El Colegio de México.

Fuentes consultadas:

- Argumedo, Alcira (1987). Los laberintos de la crisis. América Latina: poder transnacional y comunicaciones. Buenos Aires: ILET-Puntosur.
- Puigros, Adriana (1979). "La universidad argentina de 1973-1974" (primera parte). En *Controversia. Para el examen de la realidad argentina*, México, octubre/1979, No1. P11-12.
- Revista *Punto de Vista* (1978-2003).

De Nicolás Casullo:

- (1979). "Peronismo revolucionario y sindicalismo peronista". En *Controversia. Para el examen de la realidad argentina*, México, octubre/1979, No1.p21-24.
- (1979b). "Sindicatos de liberación y liberación sin sindicatos". En *Controversia. Para el examen de la realidad argentina*, México, diciembre/1979, Año I, Num.2-3. P20-23.(1980) "El pueblo produce las formas y los contenidos políticos". En *Controversia. Para el examen de la realidad argentina*, México, julio de 1980, año II, num. 7. P12-14.(
- (1985) (coord) *Comunicación: la democracia difícil*. México: ILET.
- (1988). *París 68, las escrituras, el recuerdo y el olvido*. Buenos Aires: Manantial.
- (1994). (comp y prologo) *El debate modernidad-posmodernidad*. Buenos Aires: El cielo por asalto. Primera edición de 1989 por editorial Puntosur.
- (2004). *Sobre la marcha: política y cultura en la Argentina*. Buenos Aires: Colihue.
- (2006). *Para hacer el amor en los parques*. Buenos Aires: Altamira. Primera edición 1970.
- (2011). *Peronismo. Militancia y crítica (1973-2008)*. Buenos Aires: Colihue.

De Aníbal Ford:

- (1981). "La poesía de Catulo Castillo". En Revista *Pueblo entero* n6, marzo-mayo. (1985)
- (1985) con Rivera, Jorge y Romano, Eduardo. *Medios de comunicación y cultura popular*. Buenos Aires: Legasa.
- (1986). *Ramos generales*. Buenos Aires: Catálogos,
- (1987). *Los diferentes ruidos del agua*. Buenos Aires: Puntosur, 1987.
- (1987b) *Desde la orilla de la ciencia: Ensayos sobre identidad, cultura y territorio*. Buenos Aires: Puntosur.
- (1994). *Navegaciones. Comunicación, cultura y crisis*. Buenos Aires: Amorrortu ediciones.
- (1997). Entrevista con Aníbal Ford. Cultura, política y comunicación: entre la reconstrucción de lo popular y el análisis de las transformaciones globales. En *Causas y Azares* No 5, otoño 1997.
- (2005). *30 años después. 1973: las clases de Introducción a la Literatura y otros textos de la época. Política, comunicación y cultura*. La Plata: Ediciones de Periodismo y Comunicación.

De Oscar Terán:

- (1979). "El exilio mexicano de Aníbal Ponce". En *Controversia. Para el examen de la realidad argentina*, México, octubre/1979, No. P28-29.
- (1981). "Algún marxismo, ciertas morales, otras muertes". En *Controversia. Para el examen de la realidad argentina*. México, agosto/1981. Número 14.
- (1985). *Discutir Mariátegui*. Ciudad de México: Katún.
- (1985). Presentación y selección en Michel Foucault. *El discurso del poder*. Buenos Aires: Folios ediciones.
- (1986). *En busca de la ideología argentina*. Buenos Aires: Catálogos Editora.
- (1991). *Nuestros años sesentas*. Buenos Aires: Puntosur.

Notas

1 La figura del viaje es recurrente en la producción reciente, sea porque los viajeros, en un sentido amplio, se han convertido en un objeto de estudio privilegiado (véase Colombi, 2004; Román, 2012; entre otros), sea porque la construcción del conocimiento sólo puede leerse siguiendo sus procesos de localización y deslocalización (Salvatore, 2008).

2 “Igual que la palabra, la idea quiere ser oída, comprendida, y “respondida”, por otras voces desde otras posiciones. Igual que la palabra, la idea es dialógica por naturaleza y el monólogo es únicamente una forma convencional de su expresión, constituida con base en el mismo monologismo ideológico de la época moderna que hemos caracterizado” (Bajtín, citado en Abad y Jimenez Heffernan, 2005: p251-2).

3 En ese proceso de reconocimiento cabe constar la producción reciente de obras de teatro sobre el universo cultural de Aníbal Ford y sobre la historia juvenil de Nicolás Casullo. Esas narrativas se inscriben en la mirada inaugurada por la película *Los rubios* de Albertina Carri, de jóvenes, hijos de desaparecidos y de exilados, sobre la generación anterior de los años 70.

4 Las nuevas carreras fueron Sociología, Antropología, Psicología y Ciencias de la Educación.

5 Jaime Rest (1927-1979) graduado en Letras. Traductor, escritor, profesor y crítico literario. Compartió cátedra con Jorge Luis Borges entre 1956 y 1963. Especialista en géneros literarios, lengua inglesa y literatura inglesa.

6 José Luis Romero (1909-1977), historiador e intelectual argentino, referente de la renovación historiográfica de la década del 50, introductor de la perspectiva de historia social. Fue rector interventor de la UBA en 1955 y en 1962 decano de la Facultad de Filosofía y Letras.

7 *La rosa blindada*, fue una revista que salió entre 1964 y 1966, en la que Terán publicó un artículo en el que se enfrentó al filósofo oficial del comunismo francés, Roger Garaudy.

8 Para Rodolfo Walsh “cuarenta páginas insólitas”, en la que Ford cuestiona la narración y recurre al fragmentarismo; para Rest era una novela “difícil pero memorable” (Ford, 2005: 248-258).

9 Entre 1970-2 encontramos las publicaciones “Literatura, crónica y periodismo” en Capítulo Universal; “Cuentos del Noroeste” y “Homero Manzi” en *La historia popular*, siendo también redactor de *Historia del movimiento obrero*. En el caso de Casullo se desempeñó como periodista integrando la sección de política nacional del diario *La Opinión* y participó también en las páginas de cultural del diario *El cronista comercial*.